

EXITOS CINEMATOGRAFICOS

AMOR PELIGROSO ¹²



WARNER BAXTER - MIRIAM JORDAN

50
TS.

EDICIONES BISTAGNE

PRIMERA EDICION 10 -
BARCELONA

ARGUMENTO
COMPLETO



EXITOS CINEMATOGRAFICOS

Publicación semanal de argumentos de películas selectas

Dirección literaria: FRANCISCO-MARÍO BISTAGNE

EDICIONES BISTAGNE

Año I

Paseo de la Paz, núm. 10 bis
Teléfono 14553. - BARCELONA

N.º 29

Amor peligroso

Intrigante asunto, interpretado por
WARNER BAXTER, MIRIAM JORDAN, etc.

Es un film FOX

(Oro de ley de la pantalla)



Distribuido por
HISPANO FOXFILM, S. A. E.

Valencia, 280
BARCELONA



Argumento narrado por Ediciones Bistagne

PROHIBIDA LA
REPRODUCCION

DISTRIBUCION PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de
Librería, Diarios, Revistas y
Publicaciones, S. A.

Barcelona: Baró, 18
Madrid: Evaristo San Miguel, 11

IMPRESA INDUSTRIAL - Aribau, 155 - Teléfono 76207

Amor peligroso

Argumento de la película

LADY GREGORY

Habiendo llegado la noche en el suntuoso palacio de Lady Gregory, en la cocina, los criados atendían a la condimentación de los manjares de la cena y a preparar variados postres.

White, el ayuda de cámara de confianza de la señora, con precisión cronométrica, tenía preparada también su botella de brandy.

Ya sabía él que de un momento a otro sonaría el timbre, acudiría al tocador, donde encontraría a su señora junto al doctor Ryder, y recibiría la orden de llevar brandy: era la "medicina".

Efectivamente, la señora de Latham, Lady Gregory, se encontraba en su tocador rodeada de doncellas y con el médico al lado. Era una virja risible, francamente risible, de edad indescifrable, aunque seguramente muy vieja.

Inmensamente rica, pese a sus extravagancias, entre las que descollaba la manía de emborracharse todas las noches, pese a su ridiculez y pretensiones de aparecer joven y pese a su nombre,

era estimadísima en la buena sociedad, y en su palacio siempre había varios huéspedes distinguidísimos pasando corta temporada.

Se encontraba en su tocador rodeada de doncellas que no sabían lo que hacer para complacerla, porque estaba muy nerviosa y desasosegada. Apenas una le tocaba la cabeza con el peine, daba un respingo la señora. Todo era mal humor. Sus gestos asustaban. Estaba aquella noche extraordinariamente insoportable.

Y era porque el doctor tardaba en recetarle el brandy.

El doctor Ryder era maravillosamente obtuso. Demasiado debía saber que su única misión en aquella casa era justificar con un formalismo las aristocráticas borracheras de la dama. A cambio de autorizarla para que se emborrachara y de poner su título al servicio de los caprichos de aquella millonaria, se daba la gran vida y figuraba brillantemente en sociedad. Pero en ocasiones, como ocurría aquella noche, tardaba en recetar la bebida, y la nerviosidad de Lady Gregory no reconocía límites.

—¿Espera usted hoy, señora, nuevos invitados?

—¡Oh, doctor! ¡Claro! No sabría vivir si no me viene continuamente rodeada por numerosas personas.

—Ello constituye, de por sí, un excelente método curativo, especie de sedante para su nerviosidad.

—¡Oh, mis nervios! ¡Mis nervios!

—Esta noche está usted bastante nerviosa.

—Es horroroso lo que sufro, doctor. Recéteme algo para calmar mis nervios.

El doctor Ryder sacó un tubito y, destapándolo, murmuró:

—Esta medicina quizará...

Pero ella le miró de manera tan feroz que, asustado, se apresuró a taponar el tubito y guardárselo, diciendo:

—Un poquito de brandy...

—Si usted se empeña...

Y, exteriorizada su satisfacción en el viejo y ajado rostro, se apresuró a hacer sonar el timbre.

White, el ayuda de cámara de confianza, con precisión cronométrica, había acudido con la botella de brandy y el tallado vaso a la hora habitual, extrañado de que aquella noche se retrasase tanto la llamada, y lo había dejado todo en una mesita, junto a la puerta del tocador, esperando pacientemente a que sonase el timbre.

Así es que, en cuanto sonó, inmediatamente se abrió la puerta y apareció White preguntando:

—¿Qué manda la señora?

—Brandy, White.

Y el criado salió a recoger la botella y el vaso para entrarlos.

Y, apenas tuvo tiempo el médico para aconsejar a la dama que lo bebiera con calma, volvió a entrar White con la anhelada medicina.

—¡Qué pronto lo has traído!—exclamó Lady Gregory.

—Me di prisa, señora.

—Eres un embustero. Lo tenía en el corredor—dijo la dama, pero con inflexiones de austeridad en su voz como si agradeciese, en vez de censurarla, la mentira y, sobre todo, encantada por la presteza.

Sin atender al doctor, que le había aconsejado que bebiera con calma, se apresuró a llenar la copa y a apurarla, brillando en su cara una satisfacción enorme. Después se entregó pacientemente al peine de las doncellas y le preguntó a White:

—¿Quiénes se sientan a mi lado esta noche en la mesa?

—El doctor Ryder a su derecha... El señor Burke a su izquierda.

Tras de decir esto, el criado dió media vuelta y se marchó a preparar más brandy y el doctor preguntó:

—¿Quién es Burke?

—Su nombre propio es Andrés—respondió la vieja.

—Pero, ¿quién es?

—Ya se lo ha dicho: Andrés Burke.

Y continuó la faena de embellecerse, en cuanto posible fuese, aquella vieja que aportaba la labor de sus doncellas sin aspavientos ni respingos, desde que podía paladear a pequeños sorbos el aguardiente inglés, destilado del jugo de cerezas fermentadas: el famoso "cherry brandy".

ANDRÉS BURKE

Burke, el elegante Burke, se encontraba en su habitación vistiéndose de etiqueta para la cena, ayudado por su criado Greve. Era joven, arrogante, guapo, dotado de una elegancia natural.

nacida de la gracia espontánea de sus movimientos, sus actitudes y sus gestos.

Un bigotillo recortado a la moda—uno de esos bigotillos tan difíciles de llevar con distinción y sin ridículo—adornaba su labio superior, dándole a su cara un aire osado. Era en su rostro un tenue adorno que acentuaba su expresión de energía delicada y selecta, sin destacarse con la brutalidad de los antiguos mostachos y sin ensombrecer la nitidez pulcra del cutis ramrado.

Lady Gregory estaba encantada con él, puesto que la vieja amaba el brandy precisamente porque le permitía soñar despierta, creerse joven y guapa y contemplar a su lado un rostro varonil bello y enérgico mirándola con ojos amables. Y ella encontraba a Andrés Burke guapísimo.

Se encontraba vistiéndose cuando llamaron discretamente a la puerta de la habitación y se presentó Henry.

Henry era un joven de la buena sociedad, de quien Burke no había hecho nunca mucho caso, gran jugador de golf y gran conductor de auto, al mismo tiempo que eterno enamorado de cualquier mujer bonita. Un joven brillante y distinguido, ferviente adorador de la diosa bragatela...

—Burke—le dijo entrando—. Acaba de llegar una preciosidad maravillosa de mujer.

—Y, claro, estás enamorado de ella.

—Es Claire Roberts que viene con ese ricachón de Jorge Carr.

—¿Para qué interesarse por la mujer de otro?

—Todas las chicas bonitas tienen quien les bague el oso.

—Lo que es un modo como otro cualquiera de perder el tiempo.

—Una cosa es el amor y otra el dinero. Y yo prefiero olvidarme de éste y preocuparme tan sólo de aquél.

—Y, sin embargo, son inseparables muchas veces.

—¿Me prestas tu yate? Me gustaría invitarla a una excursión.

—¿Pero tú hablas en serio alguna vez?

—¡Nunca!

—Y a ella, ¿qué le parecería?

—Lo ignoro: no la he invitado aún.

—Pero es que tú no sabes navegar. ¿Por qué no la invitas a pasear en automóvil?

—Es que admiro tu yate que tanto se presta a la intimidad. El amor a bordo es inmensamente más cómodo que el amor en coche. Y más largo. ¡Dos semanas con ella!...

—¿Y por qué dos semanas?

—Al principio pensé que con una tendría bastante... pero luego...

—Sí, luego le tomarías el gusto y no me devolverías el yate jamás.

Y Henry se marchó algo descorazonado. En realidad tenía razón su amigo. ¿Cómo gobernarle, ignorándolo todo?

En cuanto Henry salió, desapareció la actitud protocolaria, servicial y respetuosa que había adoptado Grove en su presencia, y el criado se sentó cómodamente en el borde de la cama y le dijo familiarmente a Burke:

—Esa señorita Roberts tiene algo que a mí me interesa mucho.

—¿Tú también?

—Tiene una dancella que se llama Ester.

—¿También quieres tú el yate?

—No. Mis gustos son mucho más plebeyos. Una paseito a la luz de la luna, por ejemplo.

—Me parece que te haces ilusiones, Grove.

—Muy bien pudiera ser que sí.

Pero, en esto, volvieron a golpear unos nudillos en la puerta y Grove se apresuró a levantarse y ponerse ante Burke de pie, en la actitud respetuosa de un criado, frente a su cara el espejo de mano, que en su precipitación, le presentaba para que se mirase en el reverso. Corrigió Burke la posición del espejo y gritó:

—¡Adelante!

Era Henry que no quería renunciar fácilmente a sus planes y volvió a insistir preguntando:

—¿No tienes tú ningún tratado de navegación?

—No—le contestó Burke—. Pero puedes consultar la Enciclopedia.

Y Henry volvió a marcharse y Grove volvió a su familiaridad y camaradería impropias de un criado frente a su señor.

—¡Ojalá que la señora se emborrache esta noche pronto!—dijo Burke—. Me resulta una tabarra insuportable.

—Tuve que romper una cerradura para conseguir esto—le contestó Grove abriendo la parte baja de un armario y sacando una botella.

—No hemos venido aquí, Grove, para robar botellas.

—¡Claro! Picamos más alto. Supongo que después de este golpe podremos retirarnos...

—Podríamos, pero somos demasiado jóvenes. ¿En qué cuarto se aloja esa señorita Roberts?

—La primera puerta a la izquierda.

Después de cuanto ha leído el lector, ya comprenderá qué clase de pájaro era Burke y las relaciones que le unían con Grove, que aparentaba ser su criado. Se trataba de dos ladrones habilísimos.

CLAIRE ROBERTS

Claire era una mujercita delicada de una maravillosa belleza realzada por una suprema elegancia. Belleza que, aunque se exteriorizaba bastante cuando se presentaba en los salones vistiendo el traje de soirée, era imposible de conocer, ni aun de ser conocida sin contemplarla en el semidesnudo delicioso en que se encontraba allí en su habitación entregada a los cuidados de Ester que la preparaba para la elegante comida de la noche.

Sentada en su silla, ante el espejo, transparentada por las guías la nitidez nacarina de sus carnes, y al alcance de una indiscreta mirada la maravilla de sus curvas, aquella mujer, en aquellos momentos, vista por un hombre, lo hacía seguramente enloquecer.

Hablaba con su doncella y de su conversación podía deducirse que se interesaba profundamente por Andrés Burke.

—¿Y no sabes nada más de él?—insistía.

—No he podido averiguar nada más.

—Persiste en alentar las esperanzas amorosas de su criado y consácale lo que puedas.

—Siguiendo las instrucciones de la señorita he conseguido enamorallo, pero está el pobre tan enamorado que puedo sonsearle muy poco, porque solamente sabe hablarme de una cosa...

—¿De qué?

—Señorita, por Dios...

—Está bien. Comprenda. No hace falta que me lo diga.

Pero, en esto, sonaron unos golpecitos en la puerta y la don-

cella acudió a ver quién llamaba, abriendo nada más que una estrecha rendija.

Era Burke, deseoso de curiosar, que preguntó:

—¿Es esta la habitación de la señorita Brill?

—No: es la de la señorita Roberts.

Por la rendija se podía ver muy poco del interior de aquella habitación por la que dirigió Burke una rápida mirada. Pero aunque la joven Claire quedaba desenfocada por completo y era imposible que llegase hasta ella la mirada indiscreta, caía el espejo dentro del campo visual y en el espejo pudo Burke contemplar maravillado el prodigio de aquel semideanudo encantador.

Y deslumbrado por tanta belleza, el joven, mientras miraba ansiosamente, procuró entretener a la doncella.

—¡Oh, la señorita Roberts! Siento no conocerla, porque me han hablado mucho y muy bien de ella.

Y seguía mirando ansiosamente.

—¿Quién es usted, señor?—preguntó Ester.

—Burke, Andrés Burke—respondió.

Y, al escuchar su nombre, Claire miró instintivamente por el espejo hacia la rendija de la puerta, trapeando su mirada con la de aquellos ojos que con tanto apasionamiento la miraban. Y, al darse cuenta de que, puesto que ella veía, era vista, sintió un sobresalto en su pulso y el carmín del rubor coloreó su rostro.

Pero los ojos habían cruzado sus miradas y se habían dicho muchas cosas. Sobre todo ella había creído poder leer en las de él melancolía de amor y apasionantes deseos.

Cerrada la puerta, preguntó la doncella:

—¿Creerá él de verdad que era éste el cuarto de la señorita Brill?

—¡Ojalá que no!—exclamó Claire con impetu.

PRESENTACIONES

Deslumbrado aun por aquella visión portentosa, se dirigió Burke al salón saludando a Lady Gregory, que había tomado ya fuertes dosis de su medicina y comenzaba a ver las cosas dobles.

—¿Te has divertido esta tarde?—le preguntó al joven, acogiendo su presencia con una sonrisa que pretendía ser amable y era una mueca grotesca.

—En su casa, señora, no puede uno dejar ni un solo momento de sentirse feliz—respondió Burke contemplando con entusiasmo el magnífico collar de brillantes que lucía sobre el apergaminado sacote.

—¿No te han presentado al doctor Hyder? Doctor, éste es Mr. Burke, a quien deseaba usted conocer.

—Tanto honor.

—Tanto gusto.

—Descartaría ver el palacio con más detención—le dijo Burke a la señora Latham, sentándose a su lado.

—Puedes hacerlo cuando gustes.

—¡Preciosos brillantes!—añadió él encomiástico.

—¿Te gustan?—preguntó.

Y, al ver que él le llenaba la copita de brandy, imitó un mimo;

—Gracias, no echas más. Es mi medicina.

—Terrible, ¿verdad?

—Pero me sienta muy bien.

Y apuró la copita descomponiéndosele cada vez más las afeadas facciones bajo los efectos del alcohol.

Entró Claire Roberts acompañada por Jorge Carr.

Este era un señor alto, grueso, de aspecto simpático, pero de inteligencia completamente obtusa.

—¡Oh, queridos amigos!—dijo la señora de la casa, acogedora.

Y tras de estrecharles las manos, manifestó:

—Aquí les presento a ustedes a mi querido amigo...

Y se quedó cortada, sin recordar en su borrachera el nombre ni el apellido de Burke.

—Burke—dijo él mismo.

—¡Qué memoria la mía!—exclamó ella con boca estropajosa.

—Hay mañanas que, al levantarme, no puedo acordarme ni de mi propio nombre.

Tras de ser cambiados los apretones de manos propios de toda presentación, Claire manifestó:

—Este palacio es hermosísimo. ¡Cuántas bellezas encierra!

—La más hermosa de todas puede usted verla fácilmente—dijo Burke.

—¿Dónde?

—En ese espejo.

—¡Oh, qué galante! ¡Qué cosas más bonitas sabe decir el señor Burke!

—Yo también sé decir las—manifestó con su habitual estupidez Jorge Carr.

—Sí, pero no tanto como él, Jorge.

—Dile a White—imploró Lady Gregory, dirigiéndose a Burke—que me traiga un poquito más de tónico.

Y Burke se dirigió a la puerta, mientras ella se deshacía en miedos y lo piropeaba diciéndole:

—¡Gracias, Burke querido! ¡Qué bueno, qué amable eres!

Junto a la puerta estaba White.

—La señora quiere más de eso...—le indicó Burke.

—Yo lo tengo aquí, señor—le respondió el criado, señalando a la mesita.

Y los ojos de Lady Gregory brillaron de gozo al ver como inmediatamente entraba White con la botella en la bandeja...

CLARTEO

Durante la cena, tuvo Burke la mirada fija insistentemente en Claire, recreándose en su contemplación, notándolo ella.

El, recordando la visión momentánea que de su portentoso desnudo había logrado sorprender, la contemplaba emocionado, despojándola con la imaginación de su vestido y penetrando con su perspicacia hasta sus carnes nacarinas y hasta la pureza maravillosa de sus curvas.

Ella lo comprendía y sentía íntimo rubor. Su pureza decente se indignaba. Pero se sentía halagada emocionantemente por aquellas inmateriales caricias de aquellos ojos perspicaces. Por otra parte, sentía la satisfacción de ver sus planes secretos encarrilados por el mejor camino hacia su realización.

Terminada la cena, pudo contemplar Burke la arrogancia majestuosa de sus movimientos llenos de distinción aristocrática como

do ella avanzó pensadamente hacia el balcón con andares lentos llenos de maravillosa gracia eufónica.

Marchó hacia el balcón como tirando de él. Parecía como que su mirada, fija persistentemente en ella, sufriese al moverse la joven lenta y caudenciosamente, un invencible esfuerzo de extensión que tiraba violentamente de él. Ella se daba cuenta perfectamente del fenómeno y se recreaba en llamarlo así silenciosa, pero elocuentemente.

Y, sin volver la vista atrás, cuando salió Claire al balcón, experimentó la sensación de ser seguida, lleno de emoción el pecho, ansiando ambiciosamente su presencia por imperativos de su plan, y temiéndola a impulsos de su alborotada conciencia y de su escandalizado pudor.

Burke la siguió saliendo al balcón junto a ella.

—¿Coqueteaba usted conmigo durante la cena?—le preguntó la joven con naturalidad y franqueza.

—Lo intentaba—respondió él—, pero carezco de experiencia.

—Pues que Dios nos ampare el día que usted la adquiera.

Burke se calló y continuó contemplando de cerca en la semi-oscureidad aquel cuerpo perfecto.

—Me siento muy romántica—añadió la señorita Roberts.

—¿Entonces me comprendió usted?

—Pero tenemos que dilucidar otro punto—insistió ella enrojeciendo en la penumbra del balcón—. ¿Es éste, acaso, el cuarto del señor Brill?

El continuaba mudo, pero jadeante de emoción.

—Cree—continuó la joven—que debería usted pedirme perdón.

—¡Ojalá tuviese motivos para pedirle más perdones!—respondió Burke con fuego de pasión en su voz.

—Buena, cambiemos el tema—dijo ella.

—Podríamos cambiar el de la conversación, pero el de los pensamientos, no.

—Pero hágame un favor: cuando piense no me mire.

Como respuesta, Burke se volvió y aparentó intención de marcharse.

—¿Se marcha usted?

—Sí, corriendo, para poderla obedecer.

Pero llegó Mr. Carr, en busca de su amiguita, con dos copas de champagne.

—Debes sentir frío aquí, querida—le dijo.

—No: al contrario—respondió Claire.

- No haga usted caso—dijo Burke.
- ¿Te constipas con tanta facilidad?
- Estru en seguida.
- Es lo que debes hacer.
- Casi siempre tienes razón, Jorge.

Y Jorge Carr se marchó malhumorado, dejándola allí con Burke. Este le era instantivamente antipático, pero se marchó sin comprender, ni sospechar siquiera el estado de ánimo en que quedaban allí aquellos dos desens violentos en pugna: el de él paramente carnal, y el de ella, aunque indudablemente apasionado y avasallador, desconocido aun para los lectores.

—¿Se preocupa tanto por mí...!—exclamó ella coqueteando explicativamente.

- Yo también me preocupo... aunque sin títulos...
- Desde que murió mi padre hace poco...
- ¿Cuánto lo siento, señorita!
- ... Jorge se cuida de mí.
- Es admirable, pero yo tengo más tiempo que él.
- Claire—volvió a insistir Jorge—. ¿Vienes a jugar?

—¿Querría usted dar un paseo en mi yate mañana?—le propuso Burke.

—¡Magnífico! Supongo que el manejo del barco le ocupará todo el tiempo.

—Eso depende precisamente del tiempo.

Y la joven abandonó el balcón seguida por la mirada abrasadora de aquel hombre, dotada de la propiedad de ver bajo sus vestidos.

MURMURACIONES

Cuando Burke, poco después, abandonó el balcón para marchar al salón a saludar a la señora Latham, que debería estar ya a tales horas hecha completamente un atún, se encontró con Josefina, una de las invitadas, envidiosilla de la suerte de las demás.

—Bien sabía que ibas a caer—le dijo con acento burlón.

—No digas eso—respondió él.

—Sí, es de esa clase que tanto emociona a los hombres... joven, bonita y desamparada. Supongo que no me supondrás una murmuradora.

—Claro que lo supongo, pero dime... ¿quién es?

—La hija de un banquero que se suicidó.

—¡Pobre muchacha!

—¿Pero es verdad que todos los hombres sois unos tontos?

—Así dicen.

—Heredó toda la fortuna de su padre.

—¿Muy crecida?

—Veinticuatro dólares... pero Jorge le da cuanto necesita.

Burke la miraba sin decir nada, pensativo, ella continuó:

—Y la señorita Roberts se va ganando su fortuna poco a poco.

—¿Y a santo de qué hace eso Jorge?—preguntó por fin Burke.

—Hijo, eso no se pregunta.

—¿No pudiera inspirarse en móviles honrados dignos de la mayor admiración?

—Sí, con lo bonita que es ella y lo idiota que es él. Jorge Carr la luce estentamente como un caballo de raza.

—¿Y ella se da cuenta y consiente?

—Supongo que no pensaría quitársela a Jorge.

—¿Estas segura de cuanto me has dicho?

—¿Pero me consideras capaz de levantar falsos testimonios?

Y Burke se dirigió decididamente al salón, donde se enteró del paradero de Lady Gregory.

—Está bien, se ha quedado medio adormilada y Claire la acompaña—le dijeron.

EL COLLAR DE BRILLANTES

Entró Andrés Burke en la habitación reservada de Lady Gregory, inmediata a su dormitorio, que él conocía tan bien, y encontró a la vieja tumbada en un sofá durmiendo la mona, Claire estaba a su lado de pie.

—¿Qué tal está?—preguntó él.

—Se ha quedado dormida. Ahora haré que su doncella la acueste.

Y salió Claire a buscar la doncella, dejando a Burke solo junto a la borracha dormida.

Allí, sobre la mesa, estaba el famoso collar de brillantes. Burke lo tomó en sus manos, con unción reverencial. Aquello, aparte de la belleza maravillosa de los innumerables destellos multicolores que partían de sus facetas, valía una fortuna. Aquel collar, que tan liviano aparecía entre sus dedos, podía ser fácilmente cambiado por un palacio suntuoso o por un yate de vapor o por unos jardines fantásticos. Parecía imposible que aquello tan chico pudiese valer tanto.

Pero, con el collar entre sus manos, Burke experimentaba, primordialmente, la emoción del ladrón. Acariciaba aquella presa codiciada que venía persiguiendo con ahínco hacia ya tiempo y que acabaría por ser suya. En el negocio de su adquisición ilícita había arriesgado el va mucho no sólo en gastos de ostentación que le acercaban a su presa, sino, sobre todo, en trabajos penosísimos, como, por ejemplo, el tener que soportar la pegajosa amistad de la vieja. Por eso acariciaba con tanto cariño a aquel collar.

Claire, al regresar de su encargo, vio lo que hacía Burke y se detuvo observándolo desde la oscuridad. ¿Iría, acaso, a guardárselo tranquilamente en el bolsillo? Ya sabía ella que Burke era un ladrón, pero también sabía que era un ladrón delicado y selecto, incapaz de semejante grosera torpeza. Porque, indudablemente, Burke quería robar aquel collar, pero necesitaba continuar siendo el señor Burke distinguido y correcto, sin que nadie pudiese sospechar nada de él. De manera que estaba allí reverenciando con delección su futura presa, pero sin osar desostrarla, disponiéndose a robarla de manera habilísima, para que nunca fuera posible dudar de él.

Y, en efecto, Burke, sin saber que era observado, se dirigió a la caja secreta inviolable, que tanto conocía por su amistad con la señora, empotrada en el muro y con sólo una pequeña abertura circular de cierre indescifrable que, tras de cerrarse, era completamente invisible. De allí sacó el estuche, removiendo otros que contenían alhajas de valor fantástico, depositó en dicho estuche el collar, tras de acariciarlo con delección, y luego lo guardó todo en la caja, cerrándola.

Claire estaba radiante al ver que se habían confirmado sus sospechas. Ya no podía dudar de que aquel hombre era un ladrón,

precisamente por haberle visto poner en seguridad la alhaja. ¡Pero la había contemplado con tanta dulzura!

Entró el doctor Ryder.

—Pone los diamantes en la caja, doctor—le dijo Burke.

—No va a durar mucho—aseguró éste idiotamente señalando a la borriacha.

Y se dejó ver Claire que salió con Andrés dejando a Lady Gregory en manos de su doncella.

—Le veo a usted pensativo—insinuó Claire.

—He sufrido un descuido—respondió Burke.

—¿Le habló de mí Josefina?

—Sí.

—¿E hizo mi retrato?

—Sí: de oro y azul.

—No podía esperar menos—añadió maliciosa, diciendo a continuación:

—Eco del oro me gusta... ¿Comprende?

—Quizás.

—¿No quiere preguntarme si es verdad?

—No.

—¿Entonces querrá creer que hay exageración en el cuadro que le han pintado?

—Lo creo de todo corazón.

—¡Ea usted muy bueno!

Y se separaron.

EL ROBO DEL COLLAR

Al día siguiente, tras de asistir al horrible despertar de Lady Gregory, víctima de los dolores de cabeza consecuencia de la borrachera de la noche anterior, haciéndole beber una combinación de salsa inglesa, brandy y dos huevos crudos, se informó por la vieja de que aquella noche se celebraría en palacio una sesión de ocultismo a cargo del famoso faquir Kassim.

Inmediatamente se retiró a su habitación y llamó a Grov.

—¿Has progresado en tus amores?—le preguntó.



—La más hermosa de todas puede usted verla fácilmente.



—La hija de un banquero que se suicidó.



—Le he llamado porque quería que usted supiese que le he comprendido.



—Ya le impediré, porque enloquezca por usted.



... volvió a entrar con una agolla de hierro...



—Es una tontería dejarme subir a cubierta tan co—



—Comprendo que me lo portaba mal con usted...



Y la mano que agarraba con la de Henry...

—Van viento en popa y esta noche pienso desplegar todas las velas.

—¿Pero te queda tiempo para trabajar un poco?

—Si no es muy pesado el trabajo...

—Tienes que enterarte dónde está el fusible de las luces del salón, para quitarlo esta noche cuando, durante la sesión de ocultismo, sean apagadas las luces.

—¿Nada más que eso?

—Y recoge todos los informes que puedan serle útiles a Kassim, inclusive una fotografía del esposo divorciado de Lady Gregory.

—¿A qué hora es la sesión?

—A las nueve.

Después de conocer esta conversación, el lector habrá comprendido que se aproximaba el momento culminante del robo del collar y deseará con impaciencia conocer los acontecimientos que se preparaban, por lo que, sin entretenerlo con disquisiciones inútiles, vamos a describir la sesión de ocultismo.

En el salón se sentaban formando semicírculo todos los huéspedes de la señora Latham, dando frente a la mesita tras de la que se encontraba el faquir, de cara púrpura, con la cabeza vendada al estilo indio.

Sobre la mesita no podía faltar la mágica esfera de cristal.

Una vez empezada la sesión, tras de los rezos cabalísticos del faquir a quien asistía a manera de acólito un jorobadillo, dijo con voz impregnada de misterio, el granuja de Kassim:

—La señora de Latham desea saber si debe volver a casarse, y esto será estudiado en una sesión secreta y privada.

—Además pregunta Lady Gregory dónde se encuentra su marido. En la actualidad está muy lejos y podré luego presentarlo en África.

—La señorita Roberts desea saber quién robó los diamantes de Van Arm.

—¿Puede contestar a esa pregunta?—interrogó Claire.

—Haré lo posible—contestó Kassim—. Fue una pandilla de italianos, capitaneada por Tony.

—Y ahora, procederemos a la materialización y os presentaré la imagen plástica del esposo de la señora, para lo que es necesario que sean apagadas las luces.

—Apague las luces, doctor—dijo Lady Gregory.

Y el salón quedó a oscuras, viéndose aparecer una imagen confusa proyectada por el habilidoso faquir.

—¡Es Carlos!—exclamó la señora.

—Que enciendan ya las luces—dijo el faquir.

—Encienda las luces, doctor.

Pero las luces no se encendían.

—Doctor Ryder, déjese de bromas.

—¡Las luces no funcionan!

—¡Ayuden a ese idiota!

Y, de repente, un grito agudo proferido por la vieja dama:

—¡Me han robado el collar!

—Serenidad—gritó Burke—. Que nadie salga de aquí y el collar tendrá que aparecer.

Acudieron criados con bujías y en el salón toda era confusión.

—¿Pero qué le ha ocurrido a usted? ¿Le han robado el collar?

—No sé lo que pasó, pero el collar ha desaparecido. ¿Qué cree usted que debo hacer, señor Burke?

—Avisé usted a la policía.

—¿Estaba asegurado contra el robo el collar?—preguntó alguien.

—Sí, estaba asegurado.

—Mándele inmediatamente un telegrama a la Compañía —le insinuó el ladrón.

—¿Quieres hacerlo por mí, Andrés?

—Con mucho gusto, pero le aconsejo que se acueste.

—¿Qué golpe más terrible! ¿Quieres acompañarme?

—No, debo quedarme aquí, porque de todos, menos de usted, se puede sospechar.

—¿Debo quedarme yo también?—preguntó el médico.

—Usted—respondió la vieja—es demasiado estúpido para robar: pero quédese... White me dará la medicina.

—¿Se sospecha también de mí?—preguntó el señor Carr.

—Se sospecha de todo el mundo.

—¿Qué insulto!

Avisada por teléfono, llegó la policía, y fueron todos registrados meticulosamente, sin que apareciera el collar. Una señora, al ser registrada por una matrona de la policía, exclamaba:

—¡Qué horror! Ser registrada por una mujer.

—¿Preferiría usted un hombre?—le dijo la aludida.

La policía interrogó a Burke.

—¿Qué hizo usted anoche en el cuarto de la señora Latham?

—Guardé los brillantes en la caja de seguridad.

—Yo vi cuando los puso—dijo Claire.

Por más que la policía intentó averiguar, nadie daba detalles, por lo que decidió reconstituir la escena, volviendo la vieja al salón y sentándose todos en los mismos sitios que antes. Burke a la izquierda de Claire.

El policía dijo:

—Estaban ustedes todos sentados así y fueron apagadas las luces. ¿Qué ocurrió después?

—Que robaron los diamantes, tonto—respondió Lady Gregory que estaba de mal humor por haber tenido que interrumpir su medicamentación.

—Preferiría tenerle que preguntar a un borracho—murmuró el policía, añadiendo luego en alta voz:

—Ya sé que fueron robados.

—¿Quiere saber cómo?—siguió diciendo la vieja.

—¡Claro!

—Pues pregúntele a Kassim, que él lo sabe todo.

Kassim se recusó azorado, no sabía nada y todo estaba muy confuso.

—La Compañía de Seguros los encontrará—dijo Lady Gregory.

—¡Señora—Imploró el policía—. ¿Quiere usted callarse y dejarme pensar?

—Sí, hombre, será una novedad.

Finalmente, en vista de que nadie tenía el collar, permitió la policía que todos se marchasen a dormir.

¡ERA UNA DETECTIVE!

Burke tenía preparado el equipaje para marchar, cuando recibió una perfumada carta en la que Claire le llamaba a su habitación.

—Es usted muy valiente—le dijo la joven—. ¿No experimenta usted ningún temor?

—No sé por qué he de tener.

—Le vi a usted la otra noche con el collar entre las manos y su actitud fue para mí una revelación. Pensaba usted al contemplarlo en un delicioso viaje al lado de un ser querido, y aquel collar significaba para usted todo un mundo de ilusión. Por eso he adivinado quién es el ladrón y me alegro infinito de que nadie haya sospechado de usted. Le he llamado porque quería que usted supiese que le he comprendido.

Y después, con aire campechano, usando de la fraseología del hampa, le puso una mano sobre el hombro y exclamó:

—¡Buena cacería, Andrés Burke!

—¡Buena cacería, Claire Roberts!—le contestó él alegremente.

—Yo lo único que puedo cazar por ahora es ese estúpido de Carr—dijo ella con tristeza.

—¿Se ha rendido usted ya a sus solicitudes?—preguntó Burke con vibraciones de ansiedad en su voz.

—No—respondió ella altiva.

Pero después, con sincera tristeza, añadió:

—Pero no tendré más remedio que hacerla.

—Ya le impediré, porque enloqueceré por usted. Haremos un viaje delicioso.

—Cuidado, porque a usted le exigiría yo algo más que dinero. Y ambas bocas se juntaron en apasionado beso.

—¡Por favor, márchese!—exclamó ella asustada.

—¡Sin usted, nunca!

—Pero usted no me ama.

—Sí, con toda mi alma.

—Buena, venga conmigo a Nueva York.

—¿En mi yate?

—No, en el tren.

—No olvide usted que soy un ladrón.

—¿Y si, en vista de eso, no quisiera yo ir?

—La robaría a usted.

—¿Mandó el collar a alguna parte?

—Está escondido en el furo del abrigo de la señora Latham.

—¿Va usted a buscarlo?

—Sí.

—Pudieran verle a usted. Mejor será que los recoja ya, porque extrañará menos que entre yo en el guardarropa.

—Bueno, vaya. Están en un corte que hay en el forro.

—Vaya usted a su cuarto, y golpearé en la puerta en cuanto lo tenga.

—Conformes.

Y Burke se encerró en su habitación, escuchando con ansiedad, junto a la puerta, los pasos de ella que se alejaban hacia el guardarrapa.

Poco después regresó ella, pasando de larga frente a la puerta del joven, y dirigiéndose a su habitación, pero él oyó una pausa, así como el ruido que hizo el collar al caerle al suelo y ser recogido por ella con precipitación.

Y Burke salió de su cuarto andando de puntillas, y se acercó al de Claire, cuya puerta abrió silenciosamente.

Claire estaba vuelta de espaldas y hablaba por teléfono. Burke escuchó lo que decía hablando con la policía:

—Tengo en mi poder los diamantes y al ladrón. El cree que soy su cómplice. Espérenos en la estación a las tres.

¡Era una detective! Y Burke se volvió silenciosamente a su cuarto, telefonando a su criado y esperando a Claire, que no tardó en llegar y entregarle el collar.

RAPTADA

—Vamos a perder el tren—decía ella, impaciente.

—Aunque lo perdamos, me es imposible marcharme sin llevarme antes al yate para darle instrucciones a Grove.

Y ambos llegaron hasta el embarcadero, solitario en aquellos momentos, al que estaba atracada la barquilla.

Una vez junto a ella, reconoció Claire, con extrañeza, que estaban allí embarcados los bultos de su equipaje y, al empezar a sospechar la verdad, Grove, auxiliado por un marinero aplicó sobre sus narices de ésta un pañuelo impregnado de un anestésico, y partió rauda la barquilla, llevándose la raptada.

Llegados al yate, tras de la maniobra marítima de desplegar

las velas, se despertó Claire, encontrando a su lado galante y afectuoso al ladrón André Burke.

El balandro navegaba a todo trazo y Burke le dijo:

—Siento, Claire, que la operación haya necesitado el empleo de un anestésico, así como Grove siente en el alma no haberle podido traer a Ester.

Y, mientras cortaba el yate las olas con marcha serena, vió Claire, desde cubierta, como se acercaba con velocidad vertiginosa una lancha de motor, tripulada por gente de la buena sociedad.

Disimuladamente, pero lleno el corazón de esperanza, esperó a que se acercase y, cuando pasó cerca del balandro, alzó los brazos al aire y comenzó a gritar, pidiendo socorro.

Pero Burke y Grove, que se encontraban a su lado, levantaron también los brazos y comenzaron también a gritar, como si saludaran con alegre algazara, mientras la sujetaban a ella por la cintura fuertemente, y los de la lancha correspondieron a aquellos gritos con otros semejantes, de alborotada salutación.

Luego, al oscurecer, tras de haber navegado el balandro varias horas con buen viento, fondeó en una cala a pocos metros de la costa, y Burke le preguntó a su prisionera que se encontraba en el camarote:

—¿Sabe usted nadar?

—Sí.

—¿Qué lástima! Tendré que hacerle un regalito, porque estamos a dos brazadas de la orilla. Es "una pulcra de esclava".

Y, tras de salir un momento, volvió a entrar con una argolla de hierro, unida por una cadena de un par de metros, a una pequeña ancla. Sujeta en una pierna la argolla, le sería imposible nadar, pues el ancla le haría hundirse irremisiblemente.

Pero no era nada fácil ponerle el casaca al gato. Entre Burke y la joven hubo una lucha horrible, en la que demostró Claire poseer fuerza y agilidad extraordinarias.

En una ocasión, mientras Grove, transformado en el yate en excelente cocinero, iba por el pasillo con una bandeja en la mano y su gorro blanco, salió Burke violentamente disparado por los pies de Claire, dando sobre una puerta, que se abatió sobre el criado, que fué casi laminado por el choque. La bandeja quedó hecha un barquillo.

Por fin, tras de rudos esfuerzos, quedó la cadena sujeta en el tobillo izquierdo de la señorita Roberts.

—El tobillo izquierdo, señorita—le dijo Burke—, es el más cercano al corazón.

Al poco se volvió a acercar Grove con una bandeja que contenía dos copas.

—Señorita: ¿un cocktail?—preguntó amablemente Burke.

—Sí—dijo ella.

Y, cogiendo la copa, la arrojó con todas sus fuerzas contra la cabeza del ladrón.

Este sonrió y volvió a ofrecerle la otra copa, diciéndole:

—Señorita. ¿otro?

—No.

—¿Quiere oír música? ¿La radio?... Pero, estoy impidiendo que se vista...

Y se retiró, dejándola sola.

Poco después, se encontraba Burke en el comedor y entró Grove con la cena.

—¿Anuncio la cena a la encadenada, señor? — preguntó burlón.

Y se dirigió al camarote de Claire, que se encontraba silenciosa y malhumorada, revolviendo en su cerebro mil planes descabellados.

—Me doy perfecta cuenta, señorita—le dijo—. Ya le echaré a usted un hueso.

—La señorita no tiene apetito—le dijo después a Burke.

Burke comenzó a cenar, oyendo ella el ruido de los platos y de los vasos.

De repente reaccionó.

—¿Por qué no he de cenar yo?—pensó.

Además, puesto que no podía nada por la fuerza, ¿no era la hora de recurrir a la astucia?

Así es que se vistió un traje elegante y salió decidida al comedor, no sin recibir un violento tirón de la cadena al empezar a andar, ya olvidada de ella.

ESCARAMUZAS

—Siento llegar tarde—dijo, entrando en el comedor.

—Dispense que haya comenzado sin usted.

—La culpa fué mía.

—Lo siento en el alma.

—Gracias por la cena.

—Hubiese sido horrible sin su compañía.

—Pero... me está usted comprometiendo...

—Su presencia aquí será un secreto que nadie sabrá.

—¿Y cómo adivinó usted que yo soy detective?

—Hay muchos signos infalibles... por ejemplo: los detectives suelen tener los pies muy grandes... aunque usted los tiene pequeños y divinos.

Luego, ya metidos en plan de confidencias y de indiscreciones, preguntó el ladrón:

—¿Cómo se le ha ocurrido a usted dedicarse a profesión tan ingrata?

—Por librarme de Carr.—dijo ella, sincera y triste. Luego interrogó a su vez:

—¿Y usted, cómo comenzó a ser ladrón?

—Échele usted la culpa a la guerra.

—De veras que me da usted mucha pena. Algún día puede usted tropezar con un agente más listo que yo...

—Pero sin la fuerza inmensa que le da su hermosura.

—Debe usted detestarme...

—¿Por qué me traicionó con aquel beso de Judas?... ¿Pero está usted segura de que fué de Judas?

—Creo que me voy a retirar—dijo ella, alarmada del tono que tomaba el coloquio. ¿Estaba aquel hombre realmente enamorado de ella? ¿Y lo era a ella misma realmente indiferente?

Y, al marcharse ella, le dijo á él con delicadexa:

—Perdón: se olvidó usted de algo.

Y recogió el ancla, poniéndola entre sus manos para evitarle el brusco tirón.

Algunos días después, le entraba Grove el desayuno a la cama y, con el desayuno, iba un periódico, por el que se enteró ella de que era domingo.

—Pero, ¿es hoy domingo? ¡Casi una semana a bordo! Y usted se ha portado conmigo muy bien... ¿Quién es usted?

—El criado del señor Burke.

—¿Y su cómplice?

—Favor que usted me hace, señorita.

—Algún día los pillarán.

—El señor Burke no me ha dicho nada de eso.

—Usted es un tonto. Cuando el señor Burke salte a tierra, ¿quiere usted que le robemos el yate? Indudablemente conseguiría que le perdonasen a usted todas sus culpas.

Grove la miraba, sonriendo como un bobo.

—Además—continuó ella—, le tengo miedo al señor Burke. Navegando a la luz de la luna, no debía estar a solas con un hombre. Puede pasarme algo...

—¿Pero no ha pasado nada aún?—preguntó socarronamente el criado.

Al día siguiente, se encontraba Claire sobre cubierta, al lado de Burke, y Grove no andaba lejos.

—Es una tontería dejarme salir a cubierta tan cerca de tierra—manifestó la joven.

—Eso mismo dice Grove—respondió Burke—. No cree que podamos fiarnos de usted y ahora insiste en llevar siempre una pistola.

—Grove—interpeló la joven—, ¿Sería usted capaz de pegarme un tiro?

—Con mucho gusto, señorita—respondió Grove, en el tono más amable.

Volvió a acercarse una lancha de motor y Claire se levantó para pedir socorro, pero Burke se levantó también, abrazándola y adoptando con ella la actitud de un rendido amante, mientras Grove gritaba saludando. Cuando pasó el peligro, el joven la soltó excusándose:

—Lamento haberlo tenido que hacer.

—¿Fue para usted más agradable que ver como Grove me descarnajaba un tiro?—preguntó ella.

BATALLA DECISIVA

Continuaron las escaramuzas, en las que la joven pretendía valerse de la astucia.

—Es por usted por quien me preocupo, aunque usted no lo merezca.

—¿Qué quiero usted decir?

—Es terrible decirlo, pero lo diré: comprendo que me he portado mal y no estaré tranquila hasta que me perdona.

—No pienso más en eso.

—Pero dijo usted que me quería. ¿Es verdad que me ama?

—La adoro a usted, Claire.

—Pensé que jamás volvería a oír de sus labios esas palabras tan...

Y los labios volvieron a unirse en apasionado beso.

—Le agradezco infinito a la señora Latham el que nos haya podido conocer.

—¡La pobre vieja...!

—Pero oiga: ella tiene también un collar de perlas... ¿Sería una cosa tan sencilla! Los rayos no caen dos veces en el mismo lugar...

—No bromee usted.

—Lo digo en serio. ¿Podría usted amarme si fuese un hombre honrado?

—Se burla usted de todo.

—De todo, no.

—Usted no sabe cómo concibo yo el amor. Sería capaz de lavar, cocinar...

—Sí, y ponerme fea... Pero ¿y si usted me quisiese de veras?

—No querría que emprendiese negocios estúpidos y que volviera a casa cansado y de mal humor. Dijo usted que me amaba.

—De no ser así, la hubiese dejado ir.

—Quiero creerlo.

—Haga por creerlo.

—Devuelve esos diamantes—imploró la joven, ya rendida entre los brazos de Burke.

—De ninguna manera, y necesitamos las perlas. Deben resultar un adorno sobre la garganta de la vieja.

—Pero... ¿puedes protestar tan a sangre fría otro robo?

—¿Por quién se decide usted?—preguntó él, poniéndose serio—. ¿Por mí o por esas ideas de rectitud?

—No soy ningún genio policiaco, pero, si trata de robar las perlas, vamos a pelear.

—Pues puede ya dar comienzo—dijo él, marchándose.

Y Burke saltó a tierra, para preparar el nuevo robo, ya de noche.

Clair oyó como un marinero trabajaba en la escalerilla del camarote con una caja de herramientas, que le vió dejar más tarde abandonada.

Con disimulo se apoderó de una sierra de cortar metales y logró así, tras breve rato de trabajo, librarse del grillete. Después se arrojó al mar y nadó hacia la costa próxima.

Le costó trabajo llegar, porque no tardó Grove en notar su fuga e iluminó con un proyector el mar, saliendo en su persecución un bote de motor, pero ella se escondió tras de una boya y, despatados los perseguidores, capuzó al acercarse la lancha, nadando luego hasta alcanzar la orilla.

No tardó en encontrarse ante el puesto de policía, donde entró decidida.

Pero allí vió como encerraban en el calabozo a un delincuente que le recordó a Burke, con quien tenía extraño parecido. Y la joven, inmediatamente, rescionó. Comprendió que estaba enamorada de él y no podía denunciarlo. Formó rápidamente su composición de lugar y decidió intentar evitar el robo de las perlas, pero sin denunciarlo ni comprometerlo, y, cuando el jefe de policía le preguntó qué quería, trató de excusarse. Pero el jefe la reconoció y la hizo detener. Había contra ella orden de prisión por haber telefonado que tenía en su poder el collar y al ladrón y haber desaparecido luego.

NUEVA SESION DE OCULTISMO

Trabajo le costó a Burke convencer al faquir, a quien le daba miedo la aventura, pero fué decisiva la amenaza de la pistola de Grove. En cuanto a Lady Gregory, la vieja no sabía negarle nada.

Así se organizó una nueva sesión de ocultismo a la que debían asistir todas las personas que asistieron a la otra. Solamente no podría hacerlo Claire Roberts, porque se encontraba presa.

Aquella noche, con el collar de diamantes en su bolsillo, entró Burke a saludar a la señora Latham poco antes de comenzar la sesión.

—Perfectamente—le dijo—. Veo que, con arreglo a lo convenido, se ha puesto usted el mismo traje que llevaba aquella noche, pero le falta el abrigo.

—Sí, es verdad—contestó ella—. Está en el ropero.

Pero, cuando se disponía él a ir a buscarlo, se abrió la puerta y entró la señorita Roberts, acompañada por Carr.

Este había interpuesto poderosas influencias para que la permitieran salir de la prisión para asistir a la fiesta.

—Parece usted sorprendido—dijo ella, sonriente.

—¿Acaso no deba estarlo?

—Sí, pero más tarde.

—Creí que íbas a buscar el abrigo—le dijo a él la vieja.

—Sí—repuso él, explicándole a Claire—: El mismo abrigo que llevaba la otra noche.

—No se moleste usted—replicó la joven—. Ya iré yo.

Y fué al ropero, sacando con el abrigo, que colocó sobre sus hombros Lady Gregory.

Pero, cuando marchaban ya al salón, se le cayó el abrigo de los hombros, y Claire y Andrés se apresuraron al mismo tiempo a recogerlo.

—¡Oh!—exclamó Claire, reparando en el collar de perlas de la vieja—. ¿Por qué se ha puesto usted ese collar?

—Es un capricho de Burke.

—¿De veras?

—Sí—respondió Burke, sonriendo.

De camino hacia el salón, la señora se mostró maravillada ante la cara de un criado, desconocida para ella. Más tarde, volvió a ocurrirle con otro. Eran dos detectives disfrazados de criados.

Debemos ocupar los mismos sitios que la vez anterior—dijo Burke, sentándose al lado de Claire.

Detrás de ambos se encontraba, como la otra vez, el joven Henry. Las manos de Andrés y de Claire se encontraban muy próximas.

Fassin manifestó que creía poder reconstruir lo que sucedió aquella noche, y las luces fueron apagadas por el médico.

En cuanto se hizo la oscuridad, Claire, decidida a impedir que Burke robase también el collar de perlas, agarró su mano.

Y apareció una figura borrosa, proyectada por el faquir, en la que todos reconocieron a la señora Latham con el collar de brillantes sobre el pecho. Luego se vió como el collar se desprendía y corría hacia abajo.

—El collar—dijo Fassin—se le desprendió a la señora y cayó, quedando escondido en un corte del forro del abrigo. Ha terminado la experiencia y pueden volver a encender la luz.

Y la luz fué de nuevo encendida, dirigiendo Claire una mirada ansiosa hacia la señora de la casa...

¿Y el collar de perlas no lucía ya sobre su pecho?

Después miró a su izquierda, buscando a Burke cuya mano creía tener aún agarrada...

Y la mano que agarraba era la de Henry, mientras Burke sonreía burlonamente, separado de ella, por todo el ancho del asiento.

—¿Y las perlas?—gritó.

Pero la señora Latham las enseñó triunfalmente en sus manos:

—Me las había quitado yo—dijo.

—¿Y los brillantes?

—A vez—dijo Lady Gregory, quitándose el abrigo y rehusando—. A ver si es verdad...

Y, con un grito de alegría, sacó de dentro del forro el collar robado...

Claire le dirigió a Burke una intensa mirada llena de ternura, mientras éste sonreía.

—Me marcho mañana a Europa—dijo Burke—. Tengo un asunto importante.

CONCLUSION

Se encontraba Burke en su cuarto arreglando el equipaje y disputando con Grove, que le recriminaba;

—¿Poco has devuelto ese collar? ¿Esa fortuna? Ya me lo sospechaba yo, porque esa mujer te ha vuelto loco.

En esto llamaron a la puerta y Grove fué a abrir.

Era Claire que le preguntó:

—¿Es ésta la habitación del señor Heill?

—No: es la del señor Burke.

—¿Quiere darle un recado?

—Con mucho gusto, señorita.

—Déle esto—dijo ella, y con delicadeza depositó un beso en su mejilla.

Luego se marchó, cerrando la puerta.

Grove no sabía qué hacer. ¿Iría a cumplir el encargo y a darle un beso a su amigo? La cara de éste se encontraba iluminada por una sonrisa de triunfo y de gloria.

—¿Te parece mal ahora que haya devuelto el collar?—le preguntó a Grove—. ¿Has visto lo que ha hecho ella, dejándose detener y no denunciándonos?

Y Grove no pudo menos de asentir... y Burke pensó en el futuro que lo esperaba al lado de Claire, que tanto bien había demostrado cuánto le amaba.

FIN

Números publicados:

- LA LOTERIA DEL DIABLO, por Ellas Landl, Victor Mac Legien, etc.
LA CONDESA DE MONTECRISTO, por Brigitte Helm.
AMOR PROHIBIDO, por Barbara Stanwyck, Adolphe Menjou, etc.
UNA MUJER DE MALA PAMA, por Mady Christians.
UNA NOCHE EN EL PARAISO, por Anny Ondra.
JAQUE AL REY, por Emilie Chaudard, Pauline Geron, etc.
PARIS-MEDITERRANEO (Dua en un coche), por Annabella y Jean Marai.
PAPA POR AFICION, por Warner Baxter y Marian Nixon.
BAJO EL CIELO DE CUBA, por Lawrence Tibbet, Lupe Vélez, etc.
LA CHICA DEL GUARDARROPA, por Sally Eilers, Ben Lyon, etc.
EL HACHA JUSTICIERA, por Edward G. Robinson y Loretta Young.
MARIDO INFIEL, por Fritz Schulz, Paul Hörbiger y Lucie Englisch.
CON EL FRAC DE OTRO, por William Haines y Dorothy Jordan.
CONDENADO, por Ronald Colman.
MONSIEUR, MADAME Y BIBI, por Marie Glory.
ILUSION JUVENIL, por Marian Marsh, Anita Page, etc.
EL DORADO OESTE, por George O'Brien.
ENTRE DOS FUEGOS, por Joan Bennett, Ben Lyon, etc.
LA REINA KELLY, por Gloria Swanson, Walter Byron, etc.
SU GRAN SACRIFICIO, por Richard Barthelmess, Mae Marsh, etc.
TRAS LA MASCARA, por Jack Holl, Boris Karloff, etc.
TRES RUBIAS, por Joan Blondell, Ina Claire, Madge Evans, Lowell Sherman, David Manners, etc.
ENTRE DOS ESPOSAS, por Sally Eilers, Ralph Bellamy, Helen Vinson, y la niña Karol Kay, etc.
AGUILAS HUMANAS, por Liane Haid, Oscar Marion, etc.
DESILUSION, por Helen Twilvetrees, Eric Linden, etc.
LA CUEVA DE LOS BANDIDOS, por George O'Brien, Maureen O'Sullivan, etc.
NADA MAS QUE UN GIGOLO, por William Haines, Irene Purcell, Marie Ailha, etc.
LOS HIJOS DE LOS «GANGSTERS», por Boris Karloff, Leo Carrillo, Constance Cummings, etc.
LA DAMA AZUL, por Josellue Gael, André Bauge, etc.

Sea usted lector de las selectas e inimitables
EDICIONES ESPECIALES de LA NOVELA SEMA-
NAL CINEMATOGRAFICA

Acaban de aparecer:

MANOS CULPABLES

por Lionel Barrymore, Madge Evans, Kay Francis, etc.

LA PRINCESA SE DIVIERTE

por Martha Eggerth

LA MANO ASESINA

por Ben Lyon, Bárbara Weeks, Kenneth Kenyon, etc.

EL REY DE LOS GITANOS

por JOSÉ MOJICA, Rosalia Moreno, etc.

EL SARGENTO X

por Ivan Mosjoukine, Suzy Vernon, Jean Angelo, etc.

LOS SEIS MISTERIOSOS

por Wallace Beery, Lewin Stone, John Mack Brown, etc.

ESTA EDAD MODERNA

por Joan Crawford, Pauline Frederick, Neil Hamilton, etc.

— y —

LA NOVIA DE ESCOCIA

por Marta Eggerth, Leo Slezac, Hans Brausewetter, etc.

¡Siempre lo mejor!

¡No se deje sorprender!

Elija siempre

Ediciones Bistagne
Paseo de la Paz, 10 bis.-Barcelona



E. B.